REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

Tomo III	San José de Costa Rica, Lunes 28 de Noviembre de 1921	Nº 13

Del "Repertorio Americano"

Por MIGUEL DE UNAMUNO

Palencia, agosto de 1921.

El Repertorio Americano es una excelente revista que se publica en San José de Costa Rica y que dirige el Sr. García Monge. Es de lo más jugoso y de lo más ponderado y de lo más culto que conocemos de esas tierras. Refleja muy bien el envidiable nivel de cultura pública a que ha llegado la pequeña República de Costa Rica. Alguien, sin embargo, que conozca la revista podrá, con un espíritu estrecho, reparar que llamándose Repertorio Americano ocupan mucho lugar en sus páginas escritos tomados de publicistas españoles. A los que así pensaran les diríamos que para los de Estados Unidos de la América del Norte, yankees o yanqueses o como se quiera llamarlos, «americanos» no son más que ellos. En su uso de hablar «americano» quiere decir el ciudadano de la República que asentó Washington y corroboró Lincoln; los demás ciudadanos de las demás repúblicas del continente que descubrieron españoles son... no sabemos cómo los llamarán.

Los que hacen el Repertorio Americano y en especial el señor García Monge deben de pensar, y bien, que la lengua une más que el territorio. Y más cuando éste es muy vasto y con grandes y graves obstáculos interiores.

En el número del 30 de junio de este año y de esta revista hallamos un trabajo titulado «Propaganda literaria» del chileno Arturo Torres Rioseco, residente en los Estados Unidos de la América del Norte, y dirigido a don José Vasconcelos «defensor de América Libre». El escrito empieza con la ya consabida lamentación de lo mal que se conocen entre sí los distintos pueblos de la América de lenguas ibéricas (español y portugués), pero pasa a indicar lo mal que los conocen los que se llaman a sí mismos americanos por excelencia, si es que no por exclusión, los yanqueses. El trabajo del Sr. Torres Rioseco merece ser conocido.



Don RAMON DEL VALLE INCLAN

Notable caricatura del dibujante mexicano Ernesto García Cabral.

(Revista de Revistas, México, D. F.)

Después de decirles algunas verdades agrias a los sudamericanos y recordar las de Baroja, añade: «Nada tenemos que hacer con los norteamericanos. Debemos, sí, mandar florida juventud a aprender aquí cosas prácticas, a buscar grandeza material, pero que mantenga libre su espíritu idealista y noble, libre de las ambiciones monetarias, del desprecio por las bellas artes, de la indiferencia por toda actividad desinteresada. Muchos tendrán por paradoja mi afirmación de que la América del Sud es infinitamente superior a la del Norte cuando las apariencias dicen claramente lo contrario... Basta ir a cualquier teatro de mi tierra para ver cómo el peón y el niño del arroyo se emocionan ante toda tragedia y mascan su dolor haciendo esfuerzos inauditos para contener el llanto, que siempre las lágrimas fueron tenidas por nosotros como signo de debilidad. Mientras aquí, en esta ciudad de Nueva York, lo más refinado de la aristocracia se reía a carcajadas del dolor de Canio en «I Pagliacci», equivocando el significado de la risa trágica, y un público de escritores protestaba en contra de la sensibilidad de Nora en «Casa de Muñecas». Y así continúa el Sr. Torres Rioseco.

Cuya supuesta paradoja no lo es. Y la suscribiríamos con sólo quitar el «infinitamente», que es una hipérbole... americana, y lo de Sur y Norte que parece separar a América de otro modo que por el itsmo de Panamá. Pues estimamos que en el orden del espíritu, de la originalidad, del arte, de la gracia, del ingenio, del sentimiento delicado, de la penetración crítica, de la cultura,

en fin, no sólo lo que comúnmente se llama Sudamérica o América del Sur, sino la América de lenguas ibéricas, desde Méjico al sur, es, en efecto, superior a la América de lengua inglesa.

El Sr. Torres Rioseco establece luego comparaciones entre literatos y escritores anglo-americanos y otros hispano-americanos, tarea en que no le vamos a seguir. Aunque estemos en lo sustancial, de acuerdo con su juicio.

Poco después de haber leído este escrito de la excelente revista costarricense recibimos una carta de un español que está de profesor de nuestra lengua en una Universidad norteamericana considerada entre las cinco mejores. El juicio de nuestro compatriota es aún más tajante que el del chileno y como expresado en carta, de tonos más vivos.

Nos dice nuestro amigo cómo con la guerra decreció el interés por el alemán y los «profesores de este idioma, que eran muchos, se dedicaron al castellano». El número de hispanófilos aumentó considerablemente «interesándose unos por lo español y otros por el español». Añade lo que es sabido, que aprenden el español con miras utilitarias, de comercio —lo que es muy natural—que la vieja España tiene para ellos una importancia secundaria, que muchos no saben si está al norte o al sur de Europa, y agrega: «No exagero. Los alumnos de estas Universidades tienen mucha menos cultura general que los de los Institutos españoles». Y se lo creemos; nos lo autoriza nuestra experiencia.

Dice también nuestro amigo: «Los verdaderos hispanistas, los que investigan nuestro arte, los que anotan comedias del siglo de oro, los que publican gramáticas... no saben castellano». Lo sabíamos ya. Y nos aduce ejemplos curiosísimos. Y luego nos habla de una de las más extrañas características de aquella sociedad que pasa por libre. Hacen ediciones expurgadas de nuestros escritores más morigerados. De «Mare Nostrum», de Blasco Ibáñez, han suprimido los párrafos amorosos. Y nos ha divertido mucho el saber que nuestro amigo, el profesor de español en una de las cinco primeras Universidades de los Estados Unidos, tuvo que dejar de servirse en clase como de texto para traducción de un cuento de quien ahora os habla, titulado «El sencillo don Rafael, cazador y tresillista» por un pasaje que a aquellos presuntos herederos de los puritanos, o lo que sean, les pareció escabroso. Conocíamos la gazmoñería oficial de aquella tierra, el «cant» norteamericano, mucho más ridículo y más hipócrita que el «cant» inglés, un «cant» colonial. Porque no hay nada como la gazmoñería colonial. Y el alma norteamericana sigue siendo colonial.

Claro está que hay escritores anglo-americanos y entre ellos el primero Walt Whitman que han escrito cosas mucho más desnudas—y hasta descarnadas—mucho más escabrosas que puedan serlo los párrafos amorosos del «Mare Nostrum» de Blasco Ibáñez o el breve pasaje de nuestro inocentísimo y apacible cuento, pero esos escritores cuidarán mucho allí de que no anden por manos de los estudiantes. Que los leerán a hurtadillas.

Y a nosotros nos choca esto más porque la gazmoñería no ha sido nunca vicio nuestro y desde hace más de un siglo, menos aun. El español, todo el de lengua española, será fanático, será supersticioso, pero gazmoño no es. La gente que suele tener aquí una idea tan falsa de lo que creen ser el libertinaje francés se asombra cuando se le dice que libros que aquí corren libremente por todas las manos, tienen vedado el acceso a los hogares franceses y a las cátedras donde se hace ejercicios de lectura.

Ahora se ha despertado, al parecer, en los Estados Unidos la curiosidad por lo español, pero... ¡Qué cosas podríamos contar de aquellos eruditos hispanistas anglo-americanos! ¡qué cosas de su erudición a la tudesca, de miope en máximo grado que no ve sin microscopio! Y que se opone a estudiar al microscopio un elefante. Y de otros de una superficialidad... angloamericana, que es ¡naturalmente! lo colosal de la superficialidad. Y de los empresarios de erudición como Edison—¡oh, Edison!—es un empresario de aplicaciones de la ciencia física, con lo que ha logrado que conozcan su nombre los que ignoran el de Maxwell, por ejemplo.

Pero de esta plaga del cientificismo y del ingenierismo, que no son ni ciencia ni ingenio — ni siquiera industria — habrá que hablar más despacio. Ahora tenemos que recorrer esta interesantísima provincia de Palencia.

(Tomado de *La Nación*. Bnos. Aires, R. A.)

Don Ramón María del Valle Inclán en México

DURANTE muchos años he admirado al ilustre autor de las «Sonatas» y naturalmente, en esta vez que pude tenerle cerca y escuchar de sus labios el Verbo hecho belleza y luz, me concreté a callar, y en el silencio de la estancia, la voz del maestro de la «barba florida» vibró durante muchos minutos.

Su rostro pálido de asceta, como de líneas talladas en marfil, me parecía un camafeo que se animara por instantes. Su larga barba gris le da cierto aspecto patriarcal, y a través de los grandes quevedos de aros de carey, las pupilas de un claro color tabaco, conservan el inquietante brillo de la juventud.

El conjunto es distinguido y desenvuelto. Tal debió ser el Marqués de Bradomin: siempre dispuesto a desgranar el madrigal ante la dama; la mano lista a desnudar la hoja de la espada.

Hablamos de literatura y de que don Ramón hace tiempo que vive un poco retraído, retirado de la vida de la ciudad y de la provincia, habitando una callada finca del monte.

Al referirnos a la literatura americana, nuestro huésped de honor, dijo:

—¡Es lástima que carezcamos en España de una casa editorial que se encargara de pedirnos todos los libros que se escriben en América, porque debido a la imposibilidad que tenemos para adquirir los libros impresos, aquí, en la Argentina, en Costa Rica, etc., se desconoce a muchos intelectuales de valer. Hace falta una casa hispanoamericana.

Y como cayera la charla sobre la América del Sur y sus hombres de letras, esencialmente los argentinos, don Ramón agregó:

—En la Argentina hay un hombre que vale mucho, Leopoldo Lugones, y tal vez vale tanto, porque no nació en Buenos Aires. El es de la sierra, y naturalmente, la visión de la serranía da estados emotivos diversos de los que produce la pampa árida y seca. Por eso los otros argentinos no han hecho nada grandioso; la emoción que no entra por los ojos no puede ser nunca perfecta. Si ellos tienen la monotonía en el paisaje, ¿cómo pueden darnos algo que sea belleza interior plasmada en armoniosa forma?

Los hombres notables que han tenido han salido de la sierra, o de los otros lugares en donde puede cambiarse de visión. Cuando Taine decía que «los griegos eran ágiles de espíritu, porque eran ágiles de piernas», tenía razón, porque esto nos da idea de que podían subir hasta cualquier altura, podían trasladarse fácilmente de un sitio a otro y claro está, es muy distinta la emoción que produce una montaña o un lago a la que puede experimentarse estando constantemente circunscrito a una llanura estéril.

Al hablar de su estética me decía el poeta de «Voces de Gesta»:

—El artista verdaderamente debe tener en cuenta esencialmente, que es preciso dar la comprensión intuitiva que ha tenido, sin que las palabras hagan cronológica la imagen. Debe procurar que cada palabra sea un valor y olvidar los medios por los cuales le llegó el conocimiento. Sólo olvidado de sí mismo, podrá oir el ritmo del universo y dar en su canto, algo de la emoción estética que ha percibido.

El alma creadora, está fuera del tiempo. Esto se logra, aislándose del paisaje para no mirarlo como si se estuviera dentro de él, sino contemplarlo desde la altura, como si el ojo estuviera colocado en la punta de un cono.

Entonces yo comprendí que sólo don Ramón María del Valle Inclán ha realizado en la literatura española el milagro musical de que «la suprema belleza de las palabras, sólo se revela, perdido el significado con que nacen en el goce de su esencia musical, cuando la voz humana por la virtud del tono, vuelve a infundirles toda su ideología» y le hablé de lo que podemos considerar su obra definitiva: LA LÁMPARA MARAVILLOSA.

—Efectivamente, me contestó: —Ese es el libro del cual estoy más satisfecho, tanto por la forma como porque me parece que logré la idea que tenía, de que él despertara en cada uno de los lectores una emoción diversa y que como los antiguos libros de las escuelas iniciáticas de Alejandría, pudiera tener verdades de eterna belleza; siempre nuevas, porque cada quien que las siente, puede interpretarlas.

—Una vez—me relató riendo—, Unamuno me preguntaba: «¿pero qué es lo que usted se propuso al escribir ese libro?»—Que para cada lector despierte una emoción.

Yo pensé que don Miguel de Unamuno es un serio hombre de ciencia que ha penetrado por los caminos de la Filosofía, pero que nunca ha ahondado como don Ramón, en los umbríos jardines de la Teología mística. Por eso, a él como a muchos, este opúsculo admirable, que pone de manifiesto la sublimidad del quietismo estético, debe de haberle parecido un poco extraño.

Para poder seguir por los místicos senderos del Bodhisatva y develar el misterio nos es indispensable llevar la lámpara de la contemplación. Solamente ésta, nos da el amor y la intuición, si antes hemos sabido romper la escala por donde hemos arribado. Y esto sólo pertenece a un iniciado; únicamente así, puede comprenderse el gnosticismo.

La belleza, dice el mismo don Ramón, «es la intuición de la unidad y sus caminos, los místicos caminos de Dios».

Pasando a otro asunto, pregunté:

—¿Y de sus otros libros?

—Poco puedo decir a Ud., pues nunca vuelvo a leer mis libros después de haberlos escrito.

—¿Y piensa Ud. escribir algo respecto a México?

—Sí, ¡cómo no!

—¿Acaso, una novela?

—No, creo que será como narración de diario.

—¿Y de teatro?

—Estoy haciendo algo nuevo, distinto a mis obras anteriores. Ahora escribo teatro para muñecos. Es algo que he creado y que yo titulo «Esperpentos». Este teatro no es representable para actores, sino para muñecos, a la manera del teatro «Di Piccoli» en Italia.

De este género, he publicado «Luces de Bohemia» que apareció en la revista «España» y «Los Cuernos de Don Friolera», que se publicó en «La Pluma».

Esta modalidad consiste en buscar el lado cómico en lo trágico de la vida misma. ¿Imagina Ud. a un marido que riñera con su mujer, diciéndole parlamentos por el estilo de los del teatro de Echegaray? Porque hay que apropiar la literatura a ellos. ¿Supone Ud. esa escena? Pues bien, para ellos sería una escena dolorosa, acaso brutal... Para el espectador, una sencilla farsa grotesca.

Esto es algo que no existe en la literatura española. Sólo Cervantes vislumbró un poco de esto. Porque en el Quijote lo vemos continuamente. Don Quijote no reacciona nunca como un hombre, sino como un muñeco; por eso provoca la hilaridad de los demás, aun cuando él esté en momentos de pena.

En las figuras de Goya hay también rasgos del que observa el lado trágico-cómico.

—En este teatro de D. Ramón María del Valle Inclán, como en algunas de sus obras farsas, debe pasar el soplo de la fatalidad como en la tragedia griega sobre las figuras que, para ellas, vivirán el dolor real, mientras que para el espectador esteta, tendrán el gesto doloroso, pero inevitablemente trágico-grotesco.

ESPERANZA VELÁZQUEZ BRINGAS

(*El Heraldo de México*. México, D. F.)

CUANDO el culto diplomático y poeta don Eduardo Colín escribió devota

semblanza de don Ramón del Valle Inclán, dijo en el párrafo inicial de su estudio: «Don Ramón del Valle Inclán, existe: Yo lo ví en su casa de Madrid, en este año de mil novecientos diez y ocho...»

Así ha estado en nuestra imaginación el genial novelista: como un lienzo patinado por los años, y envuelto en mil leyendas, unas veces con la arrogancia de un Marqués en el destierro, que escribe sus memorias sentimentales y diabólicas; otras, entre el humo de las pipas del café bohemio, con su capa de grandes pliegues y sus quevedos desmesurados, poniendo en la penumbra dos chispas inquietantes y extrañas. Sus correrías por América, sus libros donde revienta la rosa de la pasión y del pecado, sus riñas en las callejas de Toledo, su donjuanismo, su abolengo, todo le llenaba de sugestiones raras, de velos increíbles, como un personaje de romance y de conseja.

Pues bien, cultísimo señor Colín, don Ramón María del Valle Inclán y Montenegro, existe. Yo estreché su mano larga y huesuda, yo charlé una hora con el autor de las admirables «Sonatas», y contemplé su rostro magro y pálido como el de un personaje pintado por el Greco en el Entierro del Duque de Orgaz.

Y su palabra reposada y paternal tenía las mismas inflexiones y musicalidad de su prosa, y en su lenguaje asomaban los viejos decires y la galantería de antaño, y todo él era como una prolongación de su obra única.

«Es preferible—dice Valle Inclán—conocer a los escritores a través de sus obras y a larga distancia. El tiempo y la distancia son análogos. En España se discute mi labor, y en América se admite sin reservas. Por eso, la sabia labor del tiempo que depura y hace las valorizaciones definitivas, está compensada con la distancia tan grande entre las dos Naciones. Nadie conoce el círculo, sin estar fuera de él. Quien está dentro del círculo, jamás podrá describirlo!»

Don Ramón María del Valle Inclán, Marqués de Bradomín, no espera la pregunta necia, ni el interrogatorio insulso. Prodiga su enseñanza y su bonhomía, como un gran profesor que repartiera monedas de oro en los años del Renacimiento. En sus frases hay temblor de piedras preciosas, y la ironía asoma a veces como finísimas dagas florentinas.

Nos habla de su Hernán Cortés, con un deslumbramiento de sabiduría, y dice que piensa escribir una obra sobre la Conquista de América, pero sin esclavizarla a la historia conocida. ¡Que para eso, no habría más que leer a Bernal Díaz! Una obra, asegura el Maestro, sintetizada en la acción de cuatro o cinco personajes, encabezados por el Gran Capitán don Hernando Cortés. Así como se escribió la historia más admirable del Renacimiento con los hechos del Aretino, de Maquiavelo, de Savonarola y de los Borgia. Todo esto entre los rosales de la fantasía, entre los perfumes amables de la belleza.

Quiere también don Ramón del Valle Inclán, ofrecer unas pláticas a la juventud intelectual de México, para otorgarle el tesoro de treinta años de experiencia en la carrera de las letras; lo que él llama «El Enigma del Matiz». Y después, suavemente, ante la atención absorta, Valle Inclán nos explica como escribió la «Sonata de Primavera», la más comentada, la más amada y admirada de sus producciones. «Todos los autores—explica—concibieron al Don Juan, frente a los tres reactivos: La Mujer, El Amor y La Muerte. Yo puse a don Juan frente a la Mujer, la Muerte y el Paisaje, complemento perfecto. Por lo mismo, al escribir «Hernán Cortés», haré la relación entre el Hombre y el Paisaje. ¿No se explica usted la emoción de estos hombres de hierro, bajo este sol de trópico, frente a las montañas nevadas, el agua tumultuosa, los frutos jugosos, la carne morena?...»

Nos elogia después la obra de Azorín, de Pío Baroja, de Miguel de Unamuno, y condena los libros de Blasco Ibáñez, a quien en su tierra natal se ha hecho recibimiento muy frío.

—¿Ha leído Ud. mucho a D'Annunzio?...—interroga un visitante.

—Admiro en D'Annunzio al poeta y en algunas ocasiones, sólo en algunas, al dramaturgo. Las novelas de Gabriel D'Annunzio, son demasiado dulzonas. Les falta ironía; fatigan, están ciertamente alejadas del temblor humano.

Son las doce. El gran don Ramón María del Valle Inclán nos invita a dar un paseo en automóvil bajo las frondas venerables de Chapultepec. Y el viejo de las barbas de chivo—como dijera Darío—se siente dichoso al recibir sobre la frente el aire inocente de la mañana.

—¿Qué impresión tiene usted del señor Presidente de la República?

—Me parece un hombre con grandes cualidades para gobernar un pueblo. Sereno, discreto, y con un criterio muy justo para aquilatar valores y compensarlos. Su política tiene muchas de las características de Briand. Cordial, reservado, inteligente...

—¿Produce mucho la literatura?...

(En los labios pálidos de Valle Inclán, asoma una sonrisa irónica... Acaricia su barba lacia y gris, después responde con estas palabras):

—Bástele a usted saber, amigo mío, que dí al fuego la primera edición de mis obras... Se vendieron unos cuantos ejemplares... Ahora produce un poco, pero no lo suficiente para llenar las modestas necesidades de un mayorazgo... Cultivo mis viñedos, y hago vida feliz en mis tierras de Santiago de Compostela... Adoro a mis hijos. Al hombrecillo, fuerte, audaz y salvaje que será un hombre de acción. Las primeras palabras que pronunció, fueron: «Para mí», «Es mío» y «Yo soy»...

—¿Tiene usted recuerdos de su vida en México?...

—Muy claros, muy precisos. Mi memoria no flaquea. Recuerdo a Munguía, que siendo director de *El Universal*, me dió trabajo en esa redacción... Y al general Sóstenes Rocha, con quien departí muchas veces en callejas y sitios de toda especie...

Después, el gran escritor español me señala los edificios virreynales, me habla de las calles más apartadas, donde existen reliquias del México Colonial, de su juventud, de su viaje a Veracruz, de sus apuntes en Yucatán para escribir más tarde «La Sonata de Otoño», con su admirable Niña Chole..

—¿Qué desearía usted ser ahora?...

—General mexicano,—responde Valle Inclán con un brillo insólito en sus ojos tristes...

Pasamos frente al Palacio de los Azulejos y el autor de «Romance de Lobos», elogia cálidamente la fachada rica en color y arquitectura...

Dejé al galante, feo y sentimental Marqués de Bradomín, en su Hotel de la Avenida Juárez... Espero encontrarlo pronto, a la media noche, en esos rincones perdidos de la ciudad, por los que pasea aún el fantasma de algún hidalgo rezandero y sacrílego... Si hubiera convento de monjas, estoy seguro que el genial novelista nos legaría una nueva historia de amor y de pendencias...

Don Ramón María del Valle Inclán existe, y la sonrisa «flor de su figura» —tiene la misma arruga escéptica y tristona de aquel gran señor de Bradomín, que ya muy viejo escribió sus memorias en el destierro...

MANUEL HORTA

(*El Heraldo de México*. México, D. F.)

AL preguntarle a don Ramón del Valle Inclán su impresión sobre México, ciudad a la que llegó ayer tras dilatado pero no maravilloso viaje, como seguramente hubiera deseado su espíritu tan dado a las aventuras, vemos que se impresiona. Y para disimular un tanto la viva emoción que le causan todos los recuerdos que tiene de México, se toma la manga con la única mano que le queda y empieza a hablarnos precipitada, pero suavemente, sobre nuestro país. Y advertimos que su conversación se encuentra

irisada, a intervalos, por bellas frases, como aquellas que aparecen en sus libros repletos de pedrerías verbales como los cofres de los viejos sultanes, indolentes y sanguinarios.

¡Ah! También advertimos que don Ramón ha envejecido más de lo que suponíamos nosotros, los que le conocemos gracias a los retratos que figuran en sus libros. Ciertamente, Valle Inclán continúa teniendo las «barbas de chivo» y una deslumbradora mirada a través de sus grandes lentes de carey. Ciertamente este insigne escritor, que tiene, además de la debilidad de las letras, la de las armas, continúa andando marcialmente, aunque sin afectación. Pero el tiempo ha aventado ya un puñado de cenizas en sus cabellos y cincelado su frente con algunas profundas arrugas. Su palabra, sin embargo, parece llena de la primavera que él ha perdido. Se incendia de entusiasmo y de fe, y posiblemente, en ocasiones, debe florecer...

—Hace veinticinco años—nos dice don Ramón—que estuve por primera vez en México. Y usted no sabe cuán grato a mi espíritu es regresar de nuevo a este país, en donde encontré mi propia libertad de vocación. Debo, pues, a México, indirectamente, mi carrera literaria. ¿Por qué? Voy a decirlo enseguida: Mis padres allá en España querían que yo me recibiese de abogado, es decir, que yo terminase esa carrera espantosa a la cual no tenía ninguna inclinación, a pesar de que ya sólo me faltaba el último examen. Pues bien, para no terminarla, me trasladé a México con el dinero que me dieron para recibirme, y aquí empecé a seguir mi propio camino, es decir, el literario, no sin antes haber pasado por algunas vacilaciones, ya que solicitaba también muy poderosamente a mi espíritu la carrera de las armas...

Valle Inclán, por una lógica asociación de ideas, nos habla después de su antigua estancia en México. Según él, lo mejor de su existencia, lo vivió aquí. Fué en suelo mexicano en donde empezó a amar, a sentir y sufrir. Y donde recibió también la primera impresión que suscita el espectáculo de la naturaleza virgen, la selva inexplorada, la montaña inaccesible. Esta sensación la ha traducido admirablemente, como se sabe, en una de sus sonatas, en donde, al hablar de aquélla la embellece más, gracias a las inusitadas y brillantes pompas de su estilo.

Después que ha guardado un prolongado silencio, somos nosotros quienes le preguntamos:

—¿Ha notado usted una profunda diferencia entre el México que usted conoció y el actual?

—Sí. En el orden material, sería infantil responderle esa pregunta, supuesto que usted mismo sabe el progreso que, en solo pocos años, ha logrado México. Las necesidades de explotar sus inmensas riquezas, de producir, en fin, ha hecho el milagro de que la agricultura se haya intensificado y de que las industrias sean actualmente numerosas. El cambio que yo noto en México, y del cual me congratulo, es en el orden del espíritu. Por lo poco que he visto y lo que sé a través de libros y periódicos, noto que este gran país tiene ya una poderosa individualidad. El pueblo mexicano puede decirse, que ha despertado completamente y que posee una de las conciencias colectivas más desarrolladas entre los países del mundo entero. Y esto lo ha demostrado con hechos y también con ideas, supuesto que esta gran República ha producido no solamente hombres de acción, sino también hombres de pensamiento.

El más insigne de los estilistas españoles nos habla después de los motivos de su viaje. Ha sido convidado oficialmente para asistir a las grandes fiestas del Centenario de nuestra independencia.

«Al recibir dicha invitación—nos dice—no vacilé en aceptarla, no obstante algunos compromisos que tenía con uno de mis editores. Ella venía a llenar una necesidad interior que experimentaba desde hacía muchos años: volver a México. ¡Imagínese, pues, la alegría qué sentí!

»Aquí, en este país, yo me llegué a connaturalizar, no obstante el poco tiempo que estuve, con sus costumbres. Aparte de esto el palpitante espectáculo de su pasado, que se encuentra en las piedras de las iglesias, en los edificios coloniales, etc., me hicieron amar este suelo, en donde encontré mudas, pero significativas enseñanzas de arte y de belleza».

Valle Inclán nos habla después del proyecto suyo de escribir un libro, en el que figuren algunos motivos mexicanos. El cree que hay muchas cosas que decir, que revelar respecto a nuestra alma nacional, y que un observador, si reune además la condición de ser artista, es decir, de reflejar por medio del verbo humano lo que ha visto, lo que ha sentido, lo que ha amado, puede adquirir una personalidad más vigorosa por el solo hecho de haber escrito sobre tales cosas.

Antes de despedirnos de Valle Inclán, notamos en él una transformación. Se ha rejuvenecido en diez años. Y sólo la magia de su palabra encendida, cordial, juvenil, ha logrado hacer el milagro...

ROBERTO BARRIOS

(*El Universal*. México, D. F.)

VIDA Y ROMANCE

Por RAMIRO DE MAEZTU



Oriente y Occidente

Quiere fundar el señor Rabíndranath Tagore una Universidad donde la fusión de las culturas de Oriente y Occidente produzca los tipos de hombres que establezcan el día de mañana la Liga de la Humanidad, que será la verdadera Liga de los pueblos. El poeta sabe bien las dificultades de la obra. «Oriente es Oriente; Occidente es Occidente, y nunca se encontrarán los dos», dicen dos versos ya proverbiales en donde se hable inglés. Y el propio señor Tagore ha planteado el problema:

«Aunque el mundo occidental haya reconocido por maestro al que osadamente proclamó su unidad con el Padre, al que exhortó a sus fieles a ser perfectos, como es perfecto su divino Padre, el mundo occidental no se ha reconciliado nunca precisamente con la idea de nuestra unidad con el Ser infinito. Condena como blasfemia toda pretensión del hombre al devenir divino. Y esta condenación no era la idea que predicaba el Cristo, ni tampoco, acaso, la de los místicos cristianos; pero parece haberse hecho popular en el cristianismo occidental».

Para enojo del señor Tagore, no se trata de una idea que sea meramente popular, sino del credo de los doctores de la Iglesia. Esta es la creencia del Occidente. La personalidad de Dios separa al Creador de la creación. Dios está en todas partes, pero las criaturas no están en Dios. Cristo nos manda que seamos perfectos «como» el Padre, pero no nos dice que seamos «el» Padre. Y además del abismo infranqueable que separa la criatura del Creador, hay la muralla de pecados con que el hombre se separa de Dios, y el justo peca, por lo menos, siete veces al día.

Toda la obra del señor Tagore, por lo menos los seis u ocho libros suyos que he leído, es una protesta contra esta creencia central del Occidente. El señor Tagore se me aparece en esos libros como un místico con un mensaje único: el de estas palabras de sus «Pájaros perdidos»: «Lo que tú eres, no lo ves; lo que tú ves, es tu sombra». Por encima y por debajo de nosotros se halla nuestro ser verdadero, que es al mismo tiempo el Ser Universal. «Así como la mano se mueve sobre el arpa, y las cuerdas hablan, así habla en mis miembros el espíritu del Señor, y yo por su amor hablo». «Me has tomado como asociado de tu opulencia. En mi corazón se juega el juego sin fin de tus delicias. Por mi vida cobra incesantemente forma tu querer». «Me has hecho infinito, tal es tu placer». Y no sigo acumulando citas porque toda la poesía del señor Tagore—copiosa, delicada, enternecedora, sentimiento puro, pero sentimiento de las supremas esencias del mundo—afirma un aspecto humano que es una sola cosa con el Brahma. Las estrellas sonríen cuando alguien dice que falta alguna cosa en la creación: «¡Vana es la busca! Una perfección no interrumpida se encuentra dondequiera».

El mensaje del señor Tagore es muy halagüeño para nuestro amor propio. A todos nos es grato que nos digan que somos mucho más de lo que habíamos pensado. Tampoco es la primera vez que oímos palabras parecidas, porque hace varios siglos que el pensamiento occidental anda muy mezclado de ideas orientales y nunca estuvo libre de ellas. Es probable que no aplaudamos en una reunión pública sino al orador que nos persuada de que merecemos todo lo bueno que tenemos y mucho más que no nos dan los hombres malos; pero cuando nos quedamos a solas volvemos a convencernos de que somos muy poquita cosa y de que el Creador tiene que ser de una esencia superior a la nuestra, con lo que el Occidente vuelve a ser Occidente y recobra su credo de descontento, de esfuerzo y de progreso.

Misticismo

Acabo de pasar dos días en Bilbao. Me he encontrado con que el tema de conversación de mis amigos no es tanto la crisis de la Bolsa, o de la industria, o de la hacienda pública española, como los sermones que un dominico asturiano, el P. Arintero, ha venido pronunciando en la parroquia de San Nicolás. El padre Arintero es un místico. Cruza las calles con la mirada ausente o baja, y paso largo, rápido y desigual. Habla con fortísimo acento asturiano y con la elocuencia desentonada de los sordos, por lo que ha de prestársele concentrada atención para seguirle, lo que no quita para que su unción y copia de doctrina impongan la atención al oyente. Dirige en Salamanca una revista, que se titula «La vida sobrenatural»; ha escrito numerosos libros religiosos, y sus sermones de Bilbao se han dedicado, en cuanto he podido apreciar su sentido, a recordar y vulgarizar la doctrina tomista, que coloca al Espíritu Santo a la cabeza de nuestra vida sobrenatural, al modo que la razón se encuentra a la cabeza de la vida moral, y a sugerir caminos para que la presencia del espíritu se nos muestre en sus siete dones, que nos serán concedidos, por derecho propio, si le obedecemos; caminos que el dominico asturiano halla, especialmente, en la oración y el culto de María, y en la obediencia al Espíritu Santo.

Los comentarios que estos sermones suscitaban eran de todo género. Unos amigos se alegraban al oír predicaciones que no se contentaban con proponer a las ovejas respeto a los pastores, sino que las invitaban a alzar los ojos por su cuenta. Otros se alarmaban ante la contingencia de una resurrección del misticismo, que es una aristocracia de iniciados, y no un camino de salvación para las masas de los pueblos. Un erudito hacía comparaciones de lo oído con las doctrinas de los iluministas. Otro hablaba de la «vía unitiva». Una señora decía, finalmente, que de tal modo le hacían pensar esos sermones, y los comentarios que habían suscitado, en las controversias de otros siglos, que le parecía estar viendo un buen vargueño.

Y si se les ocurre a los lectores que este género de preocupaciones religiosas y místicas no parecen propias de una ciudad esencialmente industrial, comercial y bancaria, como es la villa de Bilbao, recordaré para tranquilizarles que el dinero se ha producido siempre en países, ciudades o clases sociales caracterizadas por su religiosidad, y ello a pesar del voto de pobreza que hacen los individuos de las Ordenes religiosas, y que no parece sino que la riqueza es el octavo de los dones del Espíritu Santo, si el padre Arin-

tero me perdona el inocente epigrama. La razón de ello es que la religiosidad conduce indefectiblemente al puritanismo, y que el puritanismo implica persecución de diversiones y ostracismo del lujo, por lo que en los pueblos puritanos las gentes trabajan, porque no tienen ocasión de divertirse, y no solo trabajan, sino que ahorran, con lo que dicho está que se enriquecen, porque no es otra cosa la riqueza sino trabajo y ahorro.

Paganismo

La casa Calleja acaba de publicar un tomo de «Páginas escogidas», de «Los trágicos griegos: Esquilo, Sófocles y Eurípides», que por la difusión que deberá alcanzar, por merecerla, contribuirá a desvanecer esa opinión que tiene el vulgo intelectual sobre la Hélade, imaginándosela como un mundo de alegría, en que todo era goce y amor libre, hasta que vino el Cristianismo y nos aguó la fiesta.

Imaginemos por un instante lo que tuvo que ser el ánimo de Esquilo al concebir su Prometeo, cuando nos lo pinta amarrado a la roca, para irrisión de hombres y dioses, mientras el águila le come, día tras día su negro hígado. ¿Qué ha hecho el titán para merecer este castigo? Suscitar esperanzas en los hombres que apartan sus ojos de la muerte; darles el fuego, padre de las industrias; enseñarles a construir casas, a escribir, a enterarse de lo que ven y oyen, a calcular las estaciones, a combatir las enfermedades, a uncir los animales al yugo, a distinguir presagios, a interpretar sueños, y a encontrar en el seno de la tierra el cobre, el hierro, la plata y el oro.

¿Por qué, entonces, se le ha castigado? Porque Zeus, que acaba de destronar a Cronos, es un dios envidioso y cruel, que ha repartido entre sus amigos los privilegios del Olimpo, pero que no quiso dar nada a los hombres, y habría preferido acabar con el género humano; con lo que Esquilo se halla frente a un dios triunfal y maligno, mientras que la efímera raza de los hombres no puede hacer nada por su bienhechor, sino esperar a que Zeus sea derrocado, para que Prometeo recobre su libertad.

Ya la ha recobrado. Ahora lo ocupamos en los laboratorios, en perfeccionar los gases asfixiantes. Ya está derrocado Júpiter olímpico. En su lugar hemos alzado a don Dinero. No digo que sea tan malo como Zeus. No lo es. Si no fuera por don Dinero, que incita a los mortales a conservar las riquezas del mundo con el estímulo de la propiedad, no haríamos con ellas sino lo que los niños hacen con los juguetes, que por placer los rompen, y hasta que no hayamos encontrado un dios más ducho en inducirnos a producir y conservar riqueza, en sus altares seguirá estando don Dinero.

Pero piensen ustedes en que cada vez que entran en una tienda, cada vez que tratan un negocio, serán castigados si se muestran generosos y dispuestos a creer a su prójimo, mientras que se les premiará si se producen como avaros, aunque disimulándolo, y si dan a entender al tendero que no le creen lo que les dice, y no necesitarán más que meditar sobre el ejemplo para convencerse de que tampoco los dioses del nuevo paganismo son capaces de inspirarnos respeto, ni cariño.

(El Sol, Madrid).

LA MUERTE DEL CABARET

Por JOSE JUAN TABLADA

CHURCHILL'S, el cabaret de fama universal, que más que cabaret «era una institución de Broadway», según proclamaba su orgullosa divisa, ha cerrado sus puertas para siempre!

Y asimismo aquel emporio Milyunanochesco, el pecador y suntuoso «Midnight Frolic» de Ziegfeld, celebró anoche su postrera velada!

Los lectores recordarán sin duda el «Churchill's» de Broadway y la calle 49 y el «Midnight Frolic» en las azoteas del «New Amsterdam» y con esos recuerdos evocarán aquella atmósfera saturada de voluptuosidad, de elegante sensualismo, de frenética alegría de vivir, reanimada sin cesar por la presencia de bellas mujeres, prodigios de plástica armonía, y avivada en ímpetu continuo por el ritmo violento de la música sincopada.

Tal vez el frenesí dionisíaco peculiar a aquellos cabarets radicaba en el doble papel de actores y espectadores que los concurrentes asumían...

Al deslumbrante y teatral cortejo de las bellezas profesionales, mezcladas con la concurrencia como en los teatros del Oriente y en los modernísimos de París; al número de baile ruso, prestigiado como la Tragedia Griega por el concurso de todos los artes; a la Revista llena de actualidad, de equívocos, de retruécanos y de alusiones picarescas, sucede el «fox» en que toma parte toda la concurrencia, aparejada y conjugada en el vivaz simulacro del baile.

Aquella influencia misteriosamente estimulante y a veces morbosa que la música produce y que tan sutilmente analizó Tolstoi en la «Sonata de Kreutzer», pierde su arcana virtud maléfica, puesto que al punto se resuelve en el dinamismo del baile.

En ese inmediato derivativo, en esa corriente de energía física derrochada, no sólo se agitan y resuenan los sistros de Dyonisos y de sus saltarines coribantos, sino que se van a la deriva, cual orquídeas venenosas, esas «emociones reprimidas» que el profesor Freud y los «psicoanalistas» del momento, en su filosofía a base genésica, consideran esenciales para el estudio del espíritu humano, que según ellos, para abrir sus secretos, tiene una llave maestra eminentemente erótica...

Y ese dinamismo violento que rima el «jazz», bárbaro y africano, hace contrastar el refinamiento super-civilizado de las mujeres que lo bailan, absolutamente inconscientes de que son actrices de una tragedia tan grande como su eternidad, que nació con las hembras de las cavernas, cuyas plumas y pieles conservan aún nuestras mujeres, que creció con los misterios de Busiris, y luego al son del «Evohé» pagano, y tuvo en la Edad Media sombríos perfiles y resplandores rojizos de Misa Negra, que no dejó de ser mística, como es básicamente mística la exasperada alegría del ultra moderno cabaret...

Pues en el fondo de ese vértigo y de ese dinamismo asoma el rostro del Amor, inquietante como en los versos de Oscar Wilde, demacrado y lleno de afeites como en los dibujos de Aubrey Beardsley... Los psicoanalistas tienen razón: en este caso como en muchos otros, la llave erótica abre la puerta del misterio...

Pero el puritanismo, la Ley Seca cierra en cambio para siempre, las puertas de ese templo pagano que se llama el Cabaret...

Hoy son Churchill's y Midnight Frolic... mañana serán otros. Quién sabe si el próximo invierno, al abrirse la «season», todos los demás cabarets permanezcan cerrados»!

***

CHURCHILL'S será convertido en un «Chop-Suey», en uno de esos restaurantes chinos que cada vez se popularizan más en Nueva York, sobre todo desde que el escrupuloso Consejo de Salubridad, declaró tras de inspeccionar todos los restaurantes franceses, alemanes, ingleses, italianos, rusos, españoles, griegos, indús y aun mexicanos de esta Cosmópolis, que eran los chinos los primeros por la higiene y el aseo de sus cocinas. Además los platillos que allí se sirven, son sanos y sabrosos, cocinados según ciertas

reglas de Confucio que hasta esos detalles llevó su sabiduría y su espíritu práctico y además, tales viandas son nutritivas, variadas y baratas... La fama de los cocineros chinos es por demás excelente y si los grandes clubs se ufanan de poseer «chefs» de Francia, los millonarios en cambio, prefieren a los chinos para su servicio deméstico.

Churchill's, que fué un templo deslumbrante de Venus y de Baco, será pues, aunque decorado suntuosamente, como los «barcos de flores», del «Río Amarillo», una pagoda casi ortodoxa de la Céres Asiática, y allí donde se desplumó el faisán de oro rociado con champagne, se paladearán en lo futuro, los «nidos de golondrina» o el popular «chow-mein», entre sorbos de té...

Asistí a la última velada, que parecía velorio, del Midnight Frolic... Ziegfeld que por sus cualidades de mundano y de «bon vivant» se parece a Albert, el de «L' Abbaye» y a Fursy, el de «La Boite» del Montmartre parisino, explicaba frente a un grupo de elegantes que acababan de llegar del Hipódromo de Belmont Park, los motivos de su clausura:

—Estimo lo suficiente a mi clientela, decía, para seguir permitiendo que los «detectives» beban en el mismo vaso que mis distinguidos parroquianos. Vean ustedes...

En efecto, llegando a una mesa vecina, un policía de smoking y armado de una de esas pajas con que se beben los refrescos, la hundía sin ceremonia en el vaso de una elegante mujer y sorbía su contenido, con el fin de saber si la bebida contenía alcohol prohibido...

Y Ziegfeld, rojo de indignación, concluía:

—Esa paja, odioso instrumento de la ley, es lo que me obliga a cerrar mi cabaret y largarme con la música a otra parte! Me iré a Londres, al Saigón de «Los Civilizados» de Farrére, o a Mexico, que según «The Bad Man» es el único país del mundo, verdaderamente libre...

El Midnight Frolic, que en pleno Broadway fué una sucursal de las Noches Arábigas, tuvo, además, otra función de que se enorgullece. Fué un almácigo de asteroides... En su horizonte de media noche, aparecieron por primera vez las estrellas de cine que después ascenderían hasta el cenit de la celebridad.

Entre otras cien surgieron del Frolic, la deliciosa Olive Thomas, que habíade hallar en París ocaso tan funesto; Lillian Lorrraine, Ruby de Remer, las gemelas Fairbanks...

Ya se inicia la emigración de los mundanos hacia las montañas y las playas veraniegas. Y cuando regresen a Nueva York ellos y los lectores de México, se encontrarán con que el delirante y áureo Midnight Frolic es ya sólo un recuerdo y Churchill's un simple comedor asiático donde se sirven nidos de golondrinas... lo único que queda de las otras golondrinas, las de Bécquer, las mágicas veladas de amor y de champaña...

Esas, no volverán!

Nueva York, junio 1921.

(Excelsior, México, D. F.)



LA CHARCA

Por ROMULO TOVAR

Había en la aldea, a orillas del camino que conduce a la montaña, una charca: era una cosa que pertenecía a las tradiciones del pueblo; los hombres más viejos hablaban de ella con ese sentimiento de melancólica dulzura con que se hacen recuerdos de una juventud lejana. ¿Cómo se había formado aquella charca? Nadie lo sabía, en verdad. Cubría una ancha extensión del campo, poseía un color verduzco y sus aguas eran de una mansedumbre somnolienta. Apenas si vientos ligeros como suspiros rizaban la superficie de las aguas dormidas. Bellezas no le faltaban a esta charca, tranquila, casi perezosa, un si no es pintoresca. Pero los viejos decían que para ciertas épocas del año, salía del seno de ella una bestia misteriosa que devoraba a los hombres débiles, a las mujeres tristes y a los niños enfermos. Pasaban los campesinos trabajadores cerca de la charca indiferentes: tan familiarizados estaban ya con ella que no le guardaban ni rencor ní afecto alguno.

Sólo un viejo había en el pueblo que dió en tomarle cierto amor a la charca. Cuando pasaba por sus orillas, yendo a sus labranzas, deteníase a contemplarla o al menos le dedicaba una frase amable, lleno de un noble espíritu como de justicia, como de gratitud o como de sabiduría, tres cosas que los viejos entienden bastante bien. Un día, aquel viejo quiso rendirle un homenaje a aquello que para él iba siendo como una fuente de aguas sagradas y creyó que la mejor manera de hacerlo fuera arrojando a ella un puñado de tierra del camino. La charca devoró la tierra con hambrienta inquietud y luego siguió dormida o extática.

¿Por qué creyó el hombre, en sus adentros sencillos, que arrojando un poco de tierra en la charca, él le mostraba el amor compasivo que por ella sentía nacer ahora en su ánimo? Luego, cada vez que pasaba a su lado, se inclinaba sobre el camino, recogía un puñado de tierra y lo lanzaba con alegría infantil hacia la charca.

Las gentes del pueblo le vieron alguna vez en ese afán, y como lo que hacen los viejos tiene a los ojos del pueblo un sentido misterioso, los jóvenes, los niños y las mujeres de la aldea dieron en hacer lo mismo, y el asunto vino a convertirse en una costumbre del lugar. Y como una gota de agua persistente al cabo rompe una montaña, un puñado de tierra persistente forma un monte. Durante años la charca, otro tiempo pensativa y perezosa, se mantuvo casi en perpetua inquietud. Caían puñados de tierra sobre su sueño como las hojas de los árboles de sus orillas.

Una mañana, en aquella charca verdosa, pacífica, artera, infecunda, apareció una flor extraña. Era una mañana de primavera y aquella flor era como un presente de primavera. Maravillosa la flor, inmensa, blanca, pura y perfecta. Nunca flor semejante se vió en los rincones floridos de la aldea: ¿había venido de los cielos aquella flor, la había traído el viento en su cabellera loca, la había dejado caer una estrella, la mantenía en su seno oculta la charca?

Y el pueblo, conmovido por aquel misterio de belleza indescifrable y legendario, siguió arrojando puñados de tierra en la charca de la aldea.

ROGAMOS

a los suscritores de provincias que nos indiquen el cambio de residencia en estos meses de verano. Con ello nos ahorran muchos números que, extraviados, suelen perderse. Tiempo y dinero y reclamos futuros nos ahorran con la atención que les pedimos.

COLÓN [1]

Evocación nocturna

¡Noche inmóvil y tibia...! En mi jardín hay huellas
de estrellas rutilantes que encienden la laguna,
¡noche inmóvil de estrellas,
noche tibia de luna!

¡Noche blanca de cielos,
noche extensa de océanos!
Aves desconocidas, en rumorosos vuelos,
surgen de los misterios, piérdense en los arcanos.
Ceremoniosamente, el mar calla a lo lejos
su exaltación... A veces, efímeros y graves,
esplenden los relámpagos en torno, como espejos
en que grabado hubieran, perfiles, nubes y aves,
con el mutismo oscuro que hay en los cuadros viejos.

Después, sombra, misterios...
Decoración extraña que pide una tragedia.

Tres barcos han salido del Viejo Mundo. En ellos,
hombres de invicta audacia salen de la Edad Media.
¿A dónde van? ¡Quién sabe! Entréganse a la suerte
como los Argonautas que eternizó la Historia:
tal vez allí sucumban en brazos de la Muerte,
tal vez de allí retornen en brazos de la Gloria.

¡Noche inmóvil de estrellas, noche tibia de luna,
noche frágil de ensueños;
noche que en mis jardines en flor evoca una
leyenda en que florecen fantásticos diseños!

El viento, que es hermano del mar, infla las velas;
y lentamente avanzan, en la extensión nocturna,
las toscas carabelas
que rasgan el misterio del agua taciturna.
¿No van hacia el abismo? ¿No van contra la ciencia?
Juan Pérez de Marchena quizás meditaría:
la ciencia es un sofisma, un soplo, una apariencia,
la noche suplantando la claridad del día;
la sujeción al texto sacerdotal, la oscura
plegaria en el callado retiro del convento,
la comba azul sin astros, la tierra sin figura,
el pensamiento esclavo de un mismo pensamiento...

Y avanzan siempre. El puerto, las playas y los montes,
todo desaparece tras el fatal circuito;
únicamente ensancha los vastos horizontes
la austeridad remota que tiene el infinito.
Los tripulantes callan absortos. El abismo
apaga el entusiasmo de las conversaciones.
—«La tierra no es redonda; ha sido un paroxismo
lo de Colón». Y rugen lo mismo que leones.

Y avanzan siempre. Apenas, de vez en cuando, el lomo
del mar copia hábilmente, en el vaivén distante,
fulgores estelares que ondulan en él como
si destrozado hubiérase alguna estrella errante.
Los días aparecen en una intermitencia
prometedora que huye;
y sólo el mar, el cielo, el mar y la inclemencia
de un cielo que no acaba, de un mar que no concluye.

Y avanzan siempre. El viento repasa el pentagrama
de su monotonía
que cruge en los velámenes con estertor de llama;
y el mar entona el canto de la melancolía.
La brújula, lo mismo que un hombre, se impacienta
y en su locura humana señala nuevos rumbos,
¿a dónde van? ¿Al vértigo que el agua transparenta
en el isocronismo violento de sus tumbos?

¡Oh, visionario, cómo reniega de tu nombre
la turba que ha visto una perfidia en tu convenio!
Promételes, engáñalos... Perdónalos, que el hombre
siempre halla incomprensibles el cielo, el mar y el genio.

Empero, un ave cruza la opacidad del cielo
y cree la fantasía que en la estrechez del pico
sostiene un haz genésico de olivos... Y en su vuelo
sus alas forman una silueta de abanico.
Empero, algunas flores de algún vergel cercano
adornan la aspereza del mar, como si hubiera,
detrás del horizonte murífico, una mano
dándole al mar un suave color de primavera.
Después, una montaña;
después, el espejismo
que se deshace en cuanto las latitudes baña
el sol cuyos fulgores húndense en el abismo;
después, la intolerancia
de aquellos hombres tardos, rebeldes, iracundos...

Colón, de pie en la popa, vigila la distancia
como un pastor de mundos.

Ha dejado un momento de consultar los planos;
en derredor la noche prende sutiles velos
oscureciendo océanos
y oscureciendo cielos.
Todos los tripulantes guardan silencio ahora,
como un lebrel se escucha que duerme la fatiga...
Una luna expectante la inmensidad decora
y el propio mar parece que una emoción abriga
como si presintiera los besos de la aurora.
Inesperadamente, sobre el confín fulgura
una fosforescencia;
Colón quédase inmóvil ante ella. Su figura
detállase en las sombras con la magnificencia
ritual de una escultura.

La luz pasa y repasa. Diríase que es una
pupila con que absorto contempla Dios al hombre
en unas carabelas sin gloria y sin fortuna,
flotantes como cáscaras en la altitud sin nombre.
Colón llama a Gutiérrez.—«¿Véis algo?»—«Una luz brilla».
Colón vacila y llama
a Sánchez de Segovia.—«¿Qué véis?»—«Luz amarilla
que mengua y que se inflama».
No dicen más. La lumbre desaparece. Una aria
prolonga el mar. Gutiérrez retorna al puesto en breve;
tras él, Rodrigo Sánchez... Murmura una plegaria
el genovés. La luna finge una flor de nieve.

¡Noche inmóvil de estrellas, noche tibia de luna,
noche frágil de ensueños;
noche que en mis jardines en flor evoca una
leyenda en que florecen fantásticos diseños!

Solo, frente al enigma, Colón espera. En tanto,
las horas van pasando con lentitud, lo mismo
que si fraternizaran con el aleve encanto
del mar y con el rudo silencio del abismo:
recuerda entonces toda su vida... Aquellas horas
de errar por las naciones sin una voz de aliento;
las cortes, los jurados, las burlas opresoras
y al fin un hombre que abre las puertas de un convento.
Y ahora... el derrotero
ignoto que anonada;
y ahora, el hermetismo de una extensión. La nada
que ensancha sus dos alas de pájaro agorero.
Es un sopor que hiere su espíritu, una angustia
que estruja sus sentidos, una desesperanza
que su visión amustia,
un desfallecimiento que a reprimir no alcanza.

De pronto se extremecen todas las carabelas,
la noche, el mar, el cielo y el hombre, al estampido
febril de un cañonazo que rompe las estelas
con espumoso ruido;
que rimbombantemente repiten los trascoros,
los ámbitos, los ecos;
los ámbitos sonoros,
perdidos, hondos, secos...
Mas allá de los ámbitos oscuros y sonoros,
más allá de los ecos.
La Pinta ha hablado: ¡Tierra! ¡Tierra que se descubre!
¡Tierra! ¡Tierra que llega! ¡Tierra fecunda y grata
que en la distancia ofrece su milagrosa ubre!
¡Tierra! ¡Tierra de octubre...!

¡Oh, Visionario, cómo alégrase en tu nombre
la turba que ha visto una perfidia en tu convenio!
Recíbelos, acógelos. Protégelos, que el hombre
siempre halla incomprensible el cielo, el mar y el genio.

A los primeros toques violetas de la aurora
amáinanse las velas... Viva el terror sagrado,

(1) Poema premiado con medalla de oro en el Concurso Literario abierto por la Municipalidad de Limón.

brote el milagro que urde la frente pensadora,
cante el exaltamiento del dios siempre ignorado.
La tierra es el reposo del hombre. El agua, el viaje;
y en sus eternas olas recógese el anhelo
de estar en el paisaje
de una montaña alegre bajo el azul del cielo.

Colón es el demiurgo del bien omnipotente,
Colón es el *fiat lux* de la mitad del mundo:
en su actitud, la nada desvela un continente
como al conjuro extraño de un dios meditabundo...

Sale de la Edad Media,
descifra el pavoroso sistema del océano,
dilata los espacios recónditos y asedia,
entre la noche, el alma voluble del arcano;
y ante el ofuscamiento mental de las edades,
forzando el estrechismo de las generaciones,
descubre nuevas tierras, nuevas humanidades,
nuevas constelaciones...!

Manuel Segura

Costa Rica, octubre, 1921.

Cartas de Juan Silvestre

a Jacques Tournebroche [1]

POR CARMEN LIRA

Caballero a quien estimo:

ESTA mañana estuvo a visitarme ese pobre muchacho que cree ser un poeta, y cuando lo tuve ante mí con su aire de afectado descuido, sus palabras de un romanticismo barroco y sus lamentaciones contra este ambiente ramplón y aceitoso, se sacudió en mi memoria vuestro recuerdo, señor Tournebroche: me pareció escucharos describiendo el abandonado parque del señor de Astarac,—aquel en el cual os complacéis en «El Figón de la reina Patoja»,—el parque poblado de estatuas de mármol, mutiladas, y llegabais a este pasaje: «Un joven fauno, cuya cabeza yacía en tierra, trataba aún de llevar la flauta a la boca».

Pero la voz del joven versificador espantó vuestra imagen. Una vez más proclamaba en mi presencia, el ser incomprendido, y una vez más apostrofó el ambiente y mis ojos, sin premeditarlo, buscaron entre mis papeles unas meditaciones de Xenius, porque en alguna parte de ellas está escrito que, «a espejo del rey Sol se diga: El ambiente soy yo».

Mi descontento visitante sacó de su bolsillo un cuaderno, y comenzó a leerme su poema anunciado meses ha, laborioso trabajo de muchos días y muchas noches.

Y conforme leía, se iba apoderando de mí una visión: el cuarto se poblaba de añosos árboles; era una avenida sombría, cubierto el suelo de hierba, bajo el arco formado por los follajes entrelazados, una hilera de pedestales ruinosos, revestidos de musgo y líquenes que sostenían sendos faunos de mármol, decapitados eso sí, con su flauta cada uno, que aun trataba de llevar a la boca. Las cabezas asomaban entre la hojarasca que cubría al suelo, pero estas cabezas tenían facciones que me recordaban las de personas conocidas: allí estaba la de aquel músico empeñado en su ópera fabricada ya de trozos prestados, ya de pasajes vulgares, y que aun no ha logrado interesar a nadie; otra, la de más allá, una con la nariz metida entre el humus, con los ojos entrecerrados, como en actitud de espiritual acecho, es la de cierto filósofo de teorías enmarañadas las cuales se convierten en cuanto uno trata de meterlas entre el cerebro, en humo que da vertiginosas vueltas; hay una de boca apretada y ojos elevados en un gesto orgulloso: es tan parecida a la del pintor,—mi compañero de mesa en la pensión en que habitaba yo antes—quien no consigue llevar a sus lienzos las bellezas que lo rodean. Y allí... allí estaba también la cabeza del muchacho que me leía su poema, con un rictus de rebelión.

Ante esta última me quedé sumido en dolorosas reflexiones: sí, el muchacho sabía de los pasos de la poesía a través de todas las épocas; conocía a cada poeta; sabía todas las reglas de la métrica; metió su nariz en todos los moldes; os habla de exámetros, heptámetros, alejandrinos, hemistiquios, dáctiles y esporídeos; ha tenido agarrones por el verso libre... Mas ¡ay! cuando se llega el momento de escandir sus propios versos, más le valiera ser dependiente en una tienda y medir cintas, encajes y tules.

También andaban entre la maleza unas cabezas que me hicieron pensar en dos hermanas que aún viven en una retirada soledad cerca de la montaña: la una—cuando las conocí, y de esto hace ya muchos años—tenía sus hermosos cabellos color de madera de cedro, su piel en flor y hoyuelos en las mejillas; la otra, pálida, graciosa e inquieta como un potro de sangre. Y ambas con el corazón dispuesto en forma de nido en espera de los amores. Yo vi posado en sus pupilas—puntos misteriosos en el centro del iris color de agua tranquila—el deseo de amar cual un pájaro prisionero en el travesaño de una jaula, y mi espíritu creía oirlas cantar en la clave en que cantan los jilgueros en los bosques cuando cae la tarde. Hoy son viejas, más viejas que yo que doblé los cincuenta. Y llegaron a la vejez con su corazón inútilmente cóncavo y mullido... ¡Cuán a su gusto habría anidado allí el Amor! El pájaro de las ternuras preso en sus miradas debe haber muerto de tristeza. ¿En qué harán pensar ahora sus ojos? Quizá en margaritas mustias. ¡Pobre amor el de estas doncellas, que jamás supo a lo que sabía el desplegar sus alas bajo el azul de los cielos, ni cantar en la primavera su deseo y su alegría sobre una rama florecida!

Y yo sonreí con una lágrima temblándome en las pestañas, al reconocer los rasgos juveniles de mis amigas viejas, en las testas de dos de mis descabezadas estatuas.

Mi visión se transformaba en pesadilla. Yo contemplaba los faunos levantar la flauta hacia el vacío, agitar los dedos y danzar al son de un silencio que martirizaba mis oídos.

¡En todos un anhelo: la flauta. Mas en el sitio en que deberían estar los

[1] En la traducción: Jacobo Dale-vuelta, personaje de Anatole France en «Las opiniones de Jerónimo Coignard» y en «El Figón de la reina Patoja».

labios que podrían libertar la música prisionera, está la nada!

¿Tendrán sus miembros la sensación de una melodía, pues que así se agitan, y somos los demás los que nos damos cuenta de su mutilación o es ésta un engaño de nuestros ojos?

¡Cómo deseaba yo, Sr. Tournebroche, que también vuestro maestro formara parte de la visión y mientras paseábamos por entre la hilera de faunos sin cabeza, me explicara su pensar sobre ellos. Aunque bien me sé que esa boca en la que parece haberse congelado ha tiempos una sonrisa de inteligente desprecio, no puede tener las palabras cálidas que necesito para soportar la angustia que tal idea produce en mi ánimo.

Y ahora doy vueltas a esta perogrullada: he observado que los mejores frutos de los árboles del camino no son para todos los viajeros que lo transitan, ya porque unos pasan de noche y no los ven, ya porque muchos de los que pasan de día y llevan los ojos abiertos, no los ven tampoco.

Decid: ¿creéis que existe una misteriosa relación entre flauta y labios?

Ya veis, la simple caída de una manzana hizo concebir a Newton su ley de la atracción universal. Tan sencillo motivo sacó de la flauta este acorde maravilloso. Su instrumento no encontró el vacío; todo estaba listo para arrancar tan sublime armonía, todo.

¿Qué haremos los faunos decapitados? Porque habéis de saber que habemos seres que sentimos el vacío que existe allí donde debería estar nuestra cabeza.

Y la visión pasó, pero me he quedado suspenso de esta idea de la impotencia vistiendo un anhelo, como suspendido de una espina, sin que mi torpeza logre mellar su punta.

Os saluda y os pide perdón

JUAN SILVESTRE.

P. D.—He de contaros, señor Tournebroche que después de escrita esta carta, hablé con un teósofo sobre la visión de mis descabezados flautistas y me contestó con la piadosa mirada característica en estos seres, mirada que parece descender de un belvedere:

—¿Qué sabe Ud.? En cada uno de ellos se empolla un poeta, un filósofo, etcétera. Ese deseo que a Ud. apena, los incuba. En esta existencia tienen la flauta y no tienen la cabeza, pero en el futuro tendrán cabeza y flauta.

Y os confieso, señor Tournebroche, que me sentí ligeramente consolado.

1919.



Memorias de la Princesa de Lamballe

POR R. BRENES MESEN

HAY vidas que se deslizan como las aguas de las alegres fuentes: cantando y corriendo, mientras en su seno se reflejan los paisajes de las orillas y las islas de las nubes, todo lo pasajero, sin lograr aprisionar en la diafana movilidad de las ondas siempre transeuntes, ni el triángulo de una ala ni el punto de una estrella.

Pero la vida de esta mujer cuyas *Memorias* voy leyendo o posee aguas diversas o ellas corren sobre un fondo sensibilizado que detiene en su desfile las imágenes para examinarlas luego con los ojos de las Gracias y el entendimiento de las Sibilas: es la Princesa de Lamballe.

Las *Memorias* se abren con un cuadro de la política ambiciosa de María Teresa, Emperatriz de Austria. Si de este calculador y cruel carácter nada supieseis bastaría la lectura de las primeras cuatro páginas para que os quedase una vívida visión de su alma ambiciosa y terrible. En esta Emperatriz la mujer de Estado ahogó los sentimientos de la madre; antepuso lo que juzgó la conveniencia del Estado y la grandeza de su dinastía a los instintos simplemente femeninos y maternales. Y fuera bien esto pues que la salud del Estado impone esa conducta. Pero qué crueldad la suya para alcanzar sus fines. Cuando la Archiduquesa Josefa casó, por poder, con el rey de Nápoles, su madre, sondeando el ánimo de la hija, le preguntó cuál sería su colaboración en favor de los designios imperiales, una vez instalada en la corte de Nápoles. «Dice la Escritura —le respondió—que cuando una mujer se casa, pertenece al país de su marido». —«¿Y la política de Estado?»— interrogó María Teresa.—«¿Está ella acaso por encima de la religión?» Con esta inesperada respuesta la Emperatriz determinó postergar la partida de la Archiduquesa. Luego al otorgarle su venía le exigió una visita a las tumbas de sus antepasados, entre las cuales estaba reciente la de una Princesa muerta de viruelas. Despidióse la Archiduquesa de sus amigos y parientes consciente de que sucedería: se contagió y murió de viruelas.

Y en pocas líneas describe la Princesa Lamballe aquella omnipotente influencia de Madame de Pompadour, la negociación del matrimonio de María Antonieta con el Delfín, la muerte de la poderosa amante de Luis XV y el arribo de la Du Barry. Todo esto en la extensión de pocas páginas. Pero con cuánta seguridad de juicio, con qué penetración de los designios de los intrigantes; como si los viese con los ojos de una generación más tarde.

Con cuán feliz ironía relata las relaciones del Delfín y de su esposa durante aquella larga época de frialdad que precedió a la consumación del matrimonio, demorada así por la natural indiferencia del real consorte como por las influencias de sus tías y finalmente por la villana intriga donjuanesca de Luis XV. Con qué amargo sarcasmo castiga las modas de la época imaginadas para esconder las ligerezas y los infortunados accidentes de las damas de la Corte en rotación nuevemesina de astronómica precisión. ¡Se ve arder el terciopelo de la carne de la Du Barry bajo el hierro candente que le aplica la Princesa! ¡Con qué robusta aguja de acero pirograba el carácter del Cardenal Príncipe de Rohan y la procesión de sus traidoras intrigas, infiel a su Rey y desleal a la Emperatriz de Austria, cuyos intereses declaraba servir!

Narra con la pluma de Saint Simon y la maestría de concisión de Tácito. Veis las escenas y se os quedan en los ojos fúlgidos los rasgos de las figuras centrales. Sabe montar la belleza de un sentimiento entre los hilos de su relato como el orfebre monta zafiros en sus filigranas. Vedlo: En las afueras de París, donde los pobres sufren de hambre y de frío, la reina María Antonieta que no deja de correr en su alivio se encuentra con la Princesa de Lamballe. «Cielos—le dice—¡cuánto deben sufrir los pobres. Ando abrigada como un diamante en su estuche, cubierta de pieles y sin embargo estoy helada de frío!» ¡El frío del dolor y la desnudez ajenos!

Hay en estas *Memorias* páginas que parecen desolladas, tan vivas y nerviosas son.

Se apoya uno como en lanza de

roble en la virtud erecta de esta gentil Princesa de Lamballe. Posee un juicio seguro, insinuante don de gentes y, por sobre todo eso, una infalible previsión respecto a la conducta de los cortesanos que se mueven en torno de la Reina.

Y esta ideal María Antonieta pasa por entre los personajes vivientes en estas *Memorias* como un lirio luminoso en cuya corola de inefable belleza se hubiesen destilado todas las lágrimas de un siglo que sólo quiso reir. Cuando la revolución segó aquella corola las lágrimas cayeron sobre el cuerpo de ese mismo siglo como un santo crisma de sangre que le redimió en su última hora.

MANON DE MASSENET

IMPRESIONES DEL MAESTRO EDUARDO J. TELLO

SAINT-SAENS [1] cedió el lugar a Massenet y el público ha encontrado la ocasión de contemplar a ambos maestros, casi frente por frente el uno del otro, como se contemplan y comparan las efigies de dos personas queridas, en las páginas opuestas de un álbum de retratos.

Observémoslos, pues, así: el uno frente al otro; y, desechando preferencias, reconozcamos en ambos a dos artistas grandes cuyas obras han llevado a nuestras almas, aunque por diversos caminos, al mismo puro goce estético.

Ambos son hijos de una misma patria, noble y dadivosa; ambos, apóstoles son de un credo generoso y sublime. Nosotros, fieles de ese credo, que es el del Arte, a ambos debemos dones por igual; porque, el uno, Saint Saens, nos obliga, con su robusta ciencia, a pensar alto; y el otro, Massenet, con su fecundo instinto nos hace sentir hondo...

¿Quién, que sea medianamente afecto a la música, no ha escuchado muchas veces el nombre de Massenet?

¿Quién no lo une, casi involuntariamente, al nombre de Manón?

Manón goza en Francia, y fuera de Francia, de una popularidad increible, que envidiarían muchos nombres históricos o novelescos, de los más conocidos. Hubiera quedado como el recuerdo de una obra maestra debido a la pluma del abate Prévost, pero ha alcanzado, sin duda alguna, toda su universalidad, debido a la pluma admirable de Massenet. Parece ser que este maestro, cantor del amor y poeta de los sentimientos femeninos, por excelencia, se enamoró, y con razón, de ese tipo de mujer francesa, sencilla a la vez que apasionada, enamorada de su ideal y amante también de los refinamientos, del lujo, de la ostentación; fiel a su cariño, a pesar de toda suerte de andanzas, de caídas y resurgimientos.

Massenet, que ha cantado con los mismos acentos convincentes el amor místico, el carnal, el romántico y el idealista, tuvo necesariamente que ser la causa de la extraordinaria popularidad de la encantadora Manón. El, que es sobre todo un instintivo, refleja su propia personalidad en sus obras, con caracteres tan inconfundibles, que se reconoce inmediatamente su nombre, en su música, como la escritura de un amigo querido en el sobre de una carta.

La personalidad de Massenet es lo primero y lo más notable en todas sus obras, tanto, que no puede descubrirse en ellas la influencia que hayan ejercido sobre el gran músico francés otros maestros. Ha asimilado muchas cosas del wagnerismo, muchas otras de la «manera» italiana, no pocas de los mismos clásicos; pero jamás ha imitado. Ha sabido conservar intacta su propia naturaleza, expresiva y delicada, a través de todas las evoluciones, y no obstante haber tratado musicalmente asuntos de toda índole, jamás ha tocado los lugares comunes. Y sin embargo, toda la gran esfera de sus obras gira alrededor del lugar más común que pueda encontrarse: la frase «yo te amo». Ese es su centro, su objetivo, su única mira; por eso, y por que jamás ha sido vulgar al cantar el amor, Massenet atrae con fuerza irresistible a los públicos de todos los países. Esta y otras muchas características han servido para que algunos críticos consideren a Massenet como un músico «de actualidad», o «a la moda». ¡Sea! Pero nadie podrá decir hasta cuándo termina esa actualidad, y hasta dónde tiene sus límites esa moda.

Sería dificilísimo desmembrar la partitura de Manón, con el objeto de examinar aisladamente tal o cual pasaje de los más culminantes. Parece que la obra fué hecha como una estatua: de un solo bloque; tal es su gran unidad de tendencias, de factura y de expresión, adornada con una gran variedad de detalle de todo género. Por eso es preciso considerar a la obra en su conjunto, y abarcarla de una sola ojeada, para poder darse cuenta de toda su belleza.

Al examinar la partitura, salta a la vista desde luego que la elección de la misma forma musical ha sido extraordinariamente acertada, por diversas razones. El argumento, que se desarrolla en un siglo de clásica elegancia, exigía imperiosamente un estilo general que fuera de acuerdo con las características de la época. Toda libertad excesiva en la estructura, de modernismo en el manejo de los recursos hubiera estado fuera de su lugar. Por otra parte, el drama, tan profundamente humano; tan realista, se podría decir; tan sencillo y tan verdadero; tan bien enlazado en su desarrollo, no se habría acomodado a la forma musical, demasiado convencional, de la división de trozos separados, que hubiera comprometido forzosamente el estilo del libro. Sin embargo, Massenet no incurrió en extremos en el sentido contrario; escogió un término medio excelente, lo cual quiere decir que en el maestro el instinto y la inspiración están, cuando él lo quiere, al servicio de la voluntad.

En su conjunto: la partitura de Manón es a la vez clásica y moderna. Cada acto ofrece una absoluta continuidad de desarrollo a pesar de la presencia eventual de algunas cadencias francas que introducen momentos de reposo, a la usanza de otros días; a pesar, también de algunos recitados. Pero todo esto está equilibrado con un tacto perfecto, y armonizado con las tendencias modernas, y a la vez con el estilo característico de la época del argumento.

La gran independencia de inspiración, el corte puro de las melodías, la ligereza de los ritmos, la intensidad y justeza de la expresión, el brillo, el color y el movimiento de la orquesta, el encantador y exquisito manejo de las voces, acaban por explicar por qué Manón es una obra maestra, y por qué goza de tan grande y envidiable popularidad.

(*Excelsior*. México, D. F.)

1) Véase el REPERTORIO Nº 10 del Tomo III.

CABOS SUELTOS

COLOMBIA es un semanario muy bueno que se edita en Medellín, Colombia. Es uno de sus redactores el ilustre ex-Presidente Dr. Carlos E. Restrepo. En el Nº 268, que acabamos de recibir, hay una carta interesante del señor Luis M. Matéus, fechada el 24 de setiembre pasado, al entonces Presidente de Colombia, don Marco Fidel Suárez.

Estos tres párrafos que de ella destacamos, dan qué pensar al preocupado:

«Cuando el Poder Ejecutivo y el Legislativo no han podido entenderse, las luchas son consecuenciales. El hecho de manifestar públicamente que V. E. y vuestro Ministerio se predisponen a dejar sus puestos antes de permitir que su conducta pueda tener su menor influjo contra los derechos públicos, la tranquilidad del país, es una manifestación antipolítica por lo demasiado sencilla; las grandes sencilleces de los gobernantes las traduce todo pueblo por cobardía. Así pues, V. E. lejos de exonerar al país de la lucha entre ambos poderes, antes bien la impulsa. ¿Cómo no ver, que el partido liberal en asecho de la hegemonía, atiza por todos los medios a su alcance esa lucha, y cómo no ver que, el hecho de presentarse el Poder Ejecutivo reacio a ciertas exigencias del pueblo que son hoy aceptadas como normas de progreso, da pedestal de verdad a las denuncias para afianzar la lucha y perseguir la caída del conservatismo?... ¿Por qué persistir V. E. en sostener una solidaridad con vuestros colaboradores, que en verdad, no han hecho honor a vuestra honradez de católico que tiene que conceder con ecuanimidad lo de Dios y lo del César? He aquí, E. Sr., que vuestra tolerante táctica, da más seguridades a la lucha cuando más ha querido evitarla y, lo más penoso para el país, una lucha política».

«Es innegable que la responsabilidad de los actos del Gobierno lleva la responsabilidad política porque todo Gobierno encarna la indispensable unificación soberana, ¿y a quién juzgar sino al partido que lo integra? Si la reforma consignada en el acto Legislativo de 1910, sirve para esquivar la responsabilidad directa del Presidente, de ahí que sirva también para anarquizar la soberanía y el Presidente por tolerancia o por inocencia deja que se anarquice ¿a quién corresponde la responsabilidad?—Aquí, naturalmente, no trato de exonerar al liberalismo de la responsabilidad que, en en minoría, le corresponde: La ley de minorías no es para compartir gajes, porque sería inmoral; es para responder, con carácter dual, de los actos del Gobierno, ante el pueblo, ante la historia».

«Gobernar es servir. Sí, gobernar es eso, porque administración pública quiere decir servicio en FAVOR del pueblo. Viéndose que el desvelo de V. E. por el adelanto público, sin ser obra banderiza se ha tornado en obra antipatriótica, pues que se divide más que nunca el Partido Conservador, contemplándose de nuevo el criminal atraso de que, para sostener la hegemonía se hable en las Cámaras, Entidades de cultura, de la fuerza bruta».

Recuérdese, además, que esta política del y con el señor Suárez dió al traste con la Presidencia de la República que sus conciudadanos le habían conferido.

Recorte:

Unamuno, a América:

SALAMANCA 20 (3,15 t.).—He visitado al señor Unamuno, para saber con certeza algo de su viaje a América.

—¿Es cierto—le dijimos—que se marcha usted?

—Sí, señor; me voy a América—nos responde.

—¿Cuándo?

—No lo sé; depende de la contestación a unas condiciones más o menos ventajosas.

—¿Va usted solo?

—No, alguno de mis hijos quiere acompañarme.

—¿El viaje será largo? ¿Se marcha de España para siempre?

—Pueden ocurrir dos cosas: Si esta gente que desgobierna a España continúa haciendo de las suyas, es muy posible que a mi viaje le anteceda una «cordial despedida». De todos modos, si las condiciones de mi estancia en América se acoplan a ello, el tiempo que allí estaré será indefinido.

—Entonces, no será un publicista, ni un catedrático español el que vaya a América, sino un ex-catedrático emigrante.

—En mis cálculos puede que entre, para que la despedida sea más desinteresada, renunciar a la cátedra e ir luego al Ateneo de Madrid, a pronunciar un discurso de despedida, una despedida en la que van a oirse muchas cosas.

—¿Y el viaje es uno de esos viajes de corta duración?

—No sé que decirle de esto. No puedo ir a allá por una corta temporada; son muchas las repúblicas que me reclaman y a todas habrá que ir. Además, yo, para hacer un viaje, necesito hacerlo con toda tranquilidad, con toda independéncia y con el necesario reposo espiritual; por ello mismo, no puedo decir cómo iré, por cuánto tiempo, ni lo qué, una vez allá, he de hacer.

—Pero el hecho cierto es que usted se va.

—Sí, me voy, con el dolor de España dentro del alma y con la indignación y la vergüenza de ver cómo cunde la incivilización.

(*El Sol*. Madrid).

Colaboración:

Perla clara.—Comedia Feérica en tres actos y en verso. Original de José María Delgado.

¡Teatro de ensueño... Vivimos en uno de aquellos cuadros de Wateau, donde hay árboles que prestigian la primavera en el verde de sus frondas, y el aire claro y transparente, vibra en risas, en aromas de rosas, en suspiros de amor y melodías de bandolinas... Una Hada Madrina con su varita de virtud ajusta las leyes de las cosas y de la vida a la norma suprema de la Belleza. Todo cobra una divina transparencia, los pensamientos, las palabras, los chorros de las fuentes. Cuando entra en escena lo malo, es ridículo y mueve a risa y sólo resplandece con su virtud lo bueno y lo noble!... ¡Teatro de Ensueño, cómo te has convertido en el Teatro Ideal de la Vida!

Decoración.—I Acto: Sala del Palacio del Rey Sol. II Acto: Salón de Ceremonias en el mismo Palacio. III: Un jardín señorial; es el alba; a la izquierda se vé un muro del Palacio del Rey Sol con una ventana iluminada. Colores: el rosa, el azul, el oro y todos sus matices.

Trama: El Paje Amor ama en secreto a Perla Clara, Princesa hija del Rey Sol y la Reina Luna. La Princesa espera al Príncipe Oriental que pedirá su mano: ha sentido el mensaje oculto de un corazón que la ama.

Pero el destino quiere que en vez del Oriental, vengan el de la Audacia, el del Oro, el de la Lisonja, Príncipes grandes del mundo. Preséntanse a la Princesa y su desfile ridículo desiluciona a Perla Clara. (¡Ah, si todas las Princesas fueran como Perla Clara!) Perla Clara se muere de amor; su Paje de melancolía... Un jardín señorial; la luna celeste del alba; desde su ventana la Princesa dialoga con el Paje oculto en la sombra fragante de un jazminero. Viene la aurora; ella pone en una flor su corazón que cae a los pies del Paje. Vuelven los Príncipes Rivales derrotados, sin traer el remedio que salve a Perla Clara. El Rey viene por el jardín llorando y oye cantar la alondra en el laurel; alza los ojos: «¡Perla Clara y el Paje Amor,

qué hacéis?» En un recodo del jardín Perla Clara está en brazos del Paje. Ellos hablan: El Hada Madrina les dejó la Felicidad que es el amor verdadero, el amor verdadero que es la vida con alegría. El viejo Rey Sol y la Reina Luna lloran de dicha. Pero... llega el Príncipe de las Armas blandiendo su formidable tizona y... se convence de que el triunfo en el amor no es el triunfo de las batallas y que un corazón se gana sólo con otro corazón amante!

Escenas singulares en esta Comedia Feérica:

En el primer acto la IX. El Paje Amor contesta, galante, a las damas que le insinúan y al final cantan danzando el ronde de «Los Bienes de la Esperanza», en donde el verso es música. En el acto II. La introducción de los Príncipes a Perla Clara; escenas de la III a la VII, todas llenas de un buen humor, con un fondo evidentísimo de realidad.

En el Acto III. En este acto es de una exquisita delicadeza la II escena, donde tiene lugar el diálogo del jardín entre Perla Clara y su Paje Amor. Y la VIII, donde en ocasión de quedar solos, y de un cuento que pide Perla Clara, el Paje Amor le declara el secreto de su corazón.

Personajes típicos: El Chambelán y el Capitán.

El verso: de una forma y manera sin tilde ni máculas. Verso castellano, sonoro y elegante sin afectación. Invita a leerse segunda vez, en voz alta y en compañía de damas cultas... ¡Ojalá en primavera!

c. l. s.

Hemos recibido:

Memorias y Conclusiones del Primer Congreso de Expansión Económica y Enseñanza Comercial, Americano, Montevideo. 1921.

El Congreso celebróse en la ciudad de Montevideo del 29 de enero al 8 de febrero de 1919. La iniciativa le corresponde a la Escuela Superior de Comercio de Montevideo.

De los Estados de Centro América sólo El Salvador y Guatemala tuvieron representación.

Esta Circular acompaña el envío:

La Comisión Permanente designada por el Gobierno del Uruguay, de acuerdo con un voto emitido por el Primer Congreso de Expansión Económica y Enseñanza Comercial, Americano, tiene el agrado de poner en sus manos un ejemplar de la *Memoria* de esa asamblea.

Este Primer Congreso, no puede considerarse sino como un ensayo, o sea la preparación de la obra que desarrollarán las reuniones futuras.

El alcance, la trascendencia y la complejidad de las múltiples cuestiones sometidas al estudio del Congreso de Montevideo, dan una idea de lo que es dable esperar de estas reuniones periódicas, convocadas para deliberar sobre los medios de hacer más estrecha y eficiente la vinculación de los países americanos, en mérito de la solidaridad de sentimientos fraternales que los anima.

Esta Comisión solicita muy especialmente de todos los hombres de América, su cooperación en la obra que ha iniciado el Congreso de Montevideo; y desde ahora hace un llamado para dar realce y brillantez al Congreso que ha de realizarse en Río Janeiro en 1922.

Montevideo, Marzo de 1921.

PABLO FONTAINA,
Presidente.

ANDRÉS C. PACHECO,
Vice-Presidente.

JUAN RODRÍGUEZ LÓPEZ,
Comisario del Uruguay.

EDUARDO VÁZQUEZ,
Secretario.

Volveremos a las conclusiones a que llegó tan importante Congreso.

¿QUE ES AMOR?

MUJERES, vosotras que hasta hoy os encontráis libres de las amorosas asechanzas en las cuales tantas conmigo han caído,

si saber deseáis que es este Amor que señor se ha hecho de la nuestra y de la antigua edad,

os diré: es un ansia ardiente, un vano deseo de sombras falaces, un voluntario engaño, un olvido de sí mismo y del propio bien;

es buscar con anhelo algo que nunca se encuentra y que si alcanzarlo podéis, fuente es de penitencia dolorosa;

es alimentarse de esperanzas que nunca se realizan, tener siempre pensamientos y ansias de fría desconfianza, es vivir de duda saturadas;

es un lazo que se hace y que os sofoca, es ir regando semillas cuyo buen fruto jamás se recoge;

una aspiración triste que oprime el corazón, es la propia libertad y la alegría y la paz al mismo tiempo ir perdiendo;

un morir sin saber por qué se muere, un consumirse por dentro, estar triste y sola ansiando estar cada vez más triste y cada vez más sola;

temblar y palidecer continuamente, ir sin rumbo, errar y no comprender el error;

sentirse morir cuando ante el objeto de nuestras ansias nos encontramos, sentir rebeldía si lejos de él estamos;

odiar la propia vida y amar cada día más la agena, estar a menudo ya triste y airada, ya alegre y complaciente;

es huir de la gente, es ansia de estar al mismo tiempo lejos y cerca de alguien;

es hablar a solas, forjar situaciones, saborear ilusiones que cual polvo del camino se llevan los vientos;

es no poder dormir los sueños de otras épocas no lejanas, despertarse contrariada, soñar lo contrario de aquello que despierta se anhela;

sufrir y no querer dolerse de quien sufrir nos hace y, al contrario, volver nuestras quejas contra nosotras mismas;

ver un rostro único doquier se mira, contemplarlo siempre aunque lejos se encuentre, un gozo intenso del alma cuando se suspira,

finalmente: Amor es un mal que alegría y dolor a un mismo tiempo causa.

GASPARA STAMPA.
(1525-1554)

(Traducción y envío de JOSÉ FABIO GARNIER).

Dos textos de gran interés:

«LA American Book Company de New York acaba de publicar dos obras de gran interés para todos aquellos que se interesan por la educación y enseñanza de la juventud. Su autor es el doctor José Miguel Rosales, distinguido educacionista colombiano, quien fué enviado por su gobierno a los Estados Unidos para estudiar la instrucción pública primaria en aquel país. Sus dos obras nuevas, Aritmética Elemental y Nuevo Libro de Lectura, están compuestas de acuerdo con los más modernos principios pedagógicos y para ser adoptados como texto en las escuelas primarias de Sud América».

(De *El Boletín*, Panamá, R. P., Agosto 1, 1921).

«American Book Company».
100 Washington Square, New York, N. Y.

Al señor García Monge:

No quiero se termine este día, sin decirle algo sobre el tomito que acaba de publicar en sus ediciones del REPERTORIO AMERICANO. Me refiero al que encierra el paralelo entre Pasteur y Metchnikoff, del señor Picado T., cuya lectura me ha producido un rato de sereno placer.

Bien se comprende—al recorrer las páginas con atención cautiva—que quien las escribió no lo hacía con ánimo de fabricar frases, sino de contar con sencillez encantadora, todo lo que conocía de estas dos vidas admirables.

Crea, señor García Monge, que guardaré el pequeño libro con cariño y devoción.—*C. L.*



2) De cómo pensamos

La estructura microscópica de la parte intelectual del cerebro humano

POR L. AUGUSTO HAUSMAN

Después del tercero o cuarto mes de la vida fetal y durante toda la existencia individual subsecuente, los principales cambios que se operan en las neuronas piramidales consisten en el tamaño, contestura y en la longitud y ramificaciones de las fibras nerviosas: conforme el individuo pasa de la niñez a la edad madura, se van efectuando estos cambios. Se ha notado también que al mismo tiempo que se desarrollan las fibras de las neuronas, se forma una cubierta protectora. La exacta función de esta estructura no se ha demostrado aun. Se cree que puede ayudar a la trasmisión del impulso nervioso a lo largo de la fibra.

La observación demuestra que mientras las otras capas de la corteza alcanzan desde temprano su completo desarrollo, las capas piramidales continúan aumentando en espesor hasta muy entrada la vida y lo hacen en una muy lenta proporción.

Esto posiblemente sucede para acomodar el crecimiento de las neuronas piramidales. Estas continúan desarrollándose a través de la vida del individuo conforme la experiencia y el ambiente las estimulan a perfeccionar sus relaciones. De esto se deduce que aquí lo mismo que en el caso de los animales inferiores al hombre, es el número y las condiciones de crecimiento de las neuronas piramidales quienes determinan el estado de capacidad mental.

El estudio del cerebro en idiotas, imbéciles y locos ha arrojado después luz en el parentezco entre las neuronas piramidales y la inteligencia. Se ha demostrado que las neuronas piramidales en los idiotas están fabricadas pobremente, su tamaño es menor que el normal y lo que es todavía más importante, poseen muy pocas fibras. En casos extremos no se presentan fibras, del todo. Tal aspecto insinúa la idea de que son imposibles las conexiones, correlaciones, uniones, asociaciones de ideas, memoria, sensaciones, etc., donde no existen conexiones físicas entre las innumerables neuronas piramidales.

Para concluir, se puede decir que los padres de inteligencia débil, no pueden trasmitir a sus descendientes más que una configuración intelectual imperfecta, lo cual está amenazando, y no en pequeña medida, muchas de nuestras comunidades urbanas, al mismo tiempo que llenando nuestros asilos y cárceles con la locura criminal que tiene que ser conservada a expensas del Estado.

El hecho de que el número de las neuronas piramidales está fijado desde antes del nacimiento tiene que ser de una inmensa consecuencia sociológica, consecuencia que como se ha dicho a menudo, es trágica.

(Tomado de *Scientific American*. Trad. de C. L.)

Alma vestida de aire

POR CAMILO FLAMMARION

NUESTRO cuerpo, formado, sostenido y desarrollado por la absorción de las moléculas adquiridas mediante la respiración y la alimentación, no es, en definitiva, más que una corriente incesantemente renovada, en virtud de la asimilación y es dirigido, regido y organizado por la fuerza material que nos anima. A esta fuerza podemos darle, seguramente, el nombre de alma. Ella agrupa los átomos que le convienen, elimina los inútiles, y partiendo de un punto imperceptible, de un germen que no es posible descubrir, llega a construir aquí el el Apolo de Belvedere, al lado de la Venus del Capitolio. Fidias no es más que un imitador grosero, si se le compara con esta íntima y misteriosa fuerza. Pigmalión se convirtió, según la mitología, en amante de la estatua de que fué padre. ¡Qué horror! Pigmalión, Praxisteles, Miguel Angel, Benvenuto y Canova no han creado más que estatuas. Mucho más sublime es la fuerza que sabe edificar el cuerpo vivo del hombre y de la mujer.

Pero esta fuerza es inmaterial, invisible, intangible, impoderable, como la atracción que mece los mundos en la universal melodía, y por material que el cuerpo nos parezca, no es más que una armoniosa agrupación formada por esa fuerza interior. Me mantengo, pues, estrictamente dentro de los límites de la ciencia positiva cuando doy a esa joven el calificativo de alma vestida de aire, lo mismo que usted y yo; ni más ni menos.

Desde los orígenes de la humanidad hasta estos últimos siglos se ha creido que la sensación se percibía en el mismo punto donde se experimentaba. Se consideraba que un dolor sentido en el dedo, tenía su asiento en el dedo mismo. Los niños y muchas personas lo siguen pensando. La fisiología ha demostrado que la impresión se trasmite desde la extremidad del dedo hasta el cerebro, por medio del sistema nervioso. Si se corta el nervio se puede quemar impunemente el dedo, pues la parálisis es completa. Se ha logrado hasta determinar el tiempo que la impresión emplea para ir de un punto cualquiera del cuerpo al cerebro, y se sabe que la velocidad de este movimiento es de unos veintiocho metros por segundo.

El cerebro es materia como el dedo, y no una materia estable y fija. Y es una materia esencialmente mudable, que varía rápidamente y que no forma una identidad.

Nuestra constitución orgánica se transforma constantemente bajo la dirección de un principio psíquico.

Tal o cual molécula, que se encuentra incorporada hoy a nuestro organismo, va a salir de él por la espiración, la transformación, etc., para quedarse en la atmósfera durante tiempo más o menos largo y entrar luego en otro organismo, planta, animal u hombre. No todas las moléculas que constituyen actualmente su cuerpo de usted estaban ayer en él, y ninguna de ellas lo estaba hace meses. ¿Dónde se encontraban? En el aire o en otro cuerpo. Todas las moléculas que forman ahora sus tejidos orgánicos, sus pulmones, sus ojos, su cerebro, sus piernas, etc., han servido antes para constituir otros tejidos orgánicos... Todos nosotros somos muertos resucitados, hechos con el polvo de nuestros mayores. Si todos los hombres que han vivido hasta hoy resucitaran, habría cinco por cada pie cuadrado en la superficie de los continentes, y tendrían que subirse en hombros unos de otros, pero no todos podrían resucitar integralmente, pues multitud de moléculas han servido sucesivamente a distintos cuerpos. Análogamente, nuestros órganos actuales,

divididos un día en sus últimas partículas, se encontrarán incorporados a nuestros sucesores.

De manera que cada molécula de aire pasa eternamente de vida en vida y sale de éstas por medio de muertes sucesivas, siendo ora viento, ya ola, tierra, animal o flor, pues sucesivamente ha estado incorporada a la substancia de innumerables organismos. El aire es, no sólo la fuente inagotable de donde toma alientos cuanto existe, sino también un depósito inmenso, al cual envía su postrer hálito todo cuanto muere. Mediante su absorción, nacen para perecer luego, los diversos organismos, vegetales y animales. La vida y la muerte están igualmente en el aire que respiramos, y se suceden perpétuamente una a otra, gracias al cambio continuo de moléculas gaseosas. La de oxígeno que esa antigua encina exhala, va a colocarse en los pulmones del niño que se encuentra en la cuna. Los últimos suspiros de un moribundo, van a tejer la brillante corola de la flor, o a difundirse como una sonrisa sobre la verde pradera. Y así, mediante un encadenamiento infinito de muertes parciales, la atmósfera alimenta incesantemente la vida universal que se se extiende por la superficie del mundo.

Y si se le ocurre a usted alguna objección más, añadiré aún que nuestros vestidos están compuestos, lo mismo que nuestros cuerpos, de substancias primitivamente gaseosas, de glóbulos de aire yuxtapuestos que se sostienen gracias a su fuerza molecular.

(*Revista de las Naciones*, Buenos Aires).

Lector amigo: ¿A usted de veras le gusta el Repertorio? Pues consígale un suscritor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica.